

Desafíos del pastor y
su formación inicial;
el ser y quehacer del
seminario de mañana

*Conclusiones de la XVI Asamblea
de la Oslam*

*México D.F. del 28 de octubre al 3 de
noviembre de 2001*



Primera parte: Desafíos del pastor y su formación inicial

a) *Desafíos sobre el ser y quehacer del pastor*

Constituye un desafío descubrir y vivir que:

1. El ser del pastor se arraiga en una experiencia renovada de encuentro con Dios en Cristo, la cual se ha de lograr en la Palabra, en la Eucaristía y en la Comunidad. El quehacer será fruto y consecuencia de este ser-en-Jesucristo Buen Pastor.
2. El ser del pastor se sitúa en la dinámica del Espíritu que todo lo renueva y que abarca toda la vida, mediante el cual ha de ir adquiriendo los criterios del evangelio, que lo lleven una disponibilidad total para la misión.
3. El Ser del pastor se establece y desarrolla a partir de la experiencia fundante del llamado, pero ha de seguir madurando, renovándose en el “amor primero”, a través de la formación inicial, primeramente, y en la formación permanente, luego (Ap. 2,4-5).
4. Para comunicar la fe, el pastor ha de ser antes un creyente, un oyente de la Palabra, un testigo del Misterio. Ser discípulo antes de ser apóstol.
5. El pastor ha de amar intensamente al hombre concreto, en su cultura y situación. Sabrá descubrir y valorar las “semillas del Verbo”.
6. El pastor asumirá vitalmente en su espiritualidad y en su ministerio las palabras de Jesús: “No he venido a condenar sino a salvar”.



7. La condición del ser del pastor es estar dispuesto cuando Dios lo llama y una vez aceptada la llamada tener la disposición para, “dejándolo todo”, seguirlo, comprometer la vida, dar la vida.
8. El quehacer del pastor dependerá eficazmente de esa experiencia amorosa y gozosa con el Señor.
9. El pastor es un ser en relación, lo cual lo compromete a ser con otros (ser en comunidad) y trascender abriéndose al Otro, quien amándolo llena su ser.

b) *Desafíos sobre la comunidad educativa del seminario en su conjunto*

(Comunidad educativa y contexto social y eclesial)

10. Asumir que vivimos “un tiempo que se ha definido no tan sólo como *una época de cambio...* sino más bien como *un cambio de época*”, que se manifiesta en todos los ámbitos de la vida, pero particularmente en la globalización de la economía, de la política y de la cultura, además en el impacto de la cibernética y de los medios de comunicación social. El seminario debe entrar en ese proceso de cambio con sabiduría y prudencia, sin dejarse seducir por la mentalidad consumista y superficial del mundo actual sino dispuesto a responder a las exigencias y aspiraciones más profundas y auténticas de la sociedad humana formando a los pastores del nuevo milenio.
11. Es importante que el seminarista descubra que el mundo a evangelizar es mucho más amplio que los límites de la parroquia o los ambientes eclesiales, por ello se le debe formar sólida y ampliamente, de modo que logre superar los complejos y la inseguridad que otros ambientes puedan provocarle.
12. El seminario es parte de una iglesia particular, con sus gozos y tristezas, angustias y esperanzas. En el proceso formativo debemos recuperar la eclesiología del Vaticano II con su ulterior desarrollo, y destacar la teología y el significado de la Iglesia

□

Particular como horizonte eclesiológico del tercer milenio. La eclesiología que se ha de vivir y enseñar en el Seminario encuentra su fundamento en el misterio trinitario, se hace histórica y visible en el Pueblo de Dios y enriquece su ser en la comunión.

13. El seminario debe ser un modo original (originante) de vivir el misterio de la Iglesia comenzando por el “conviértanse y crean en el Evangelio” y no presuponer esta verdad, afin de que los seminaristas asuman las actitudes de hombres en camino de consagración.
14. Hemos de asumir una antropología acorde con la eclesiología del Vat. II, tal como ha sido planteada en *Gaudium et Spes*.
15. Mantener una actitud de diálogo con toda la comunidad cristiana para saber cómo perciben el Seminario y su proceso formativo.
16. Mantener la comunicación viva y sentida del seminario con los grandes problemas de la gente.
17. Apuntar a una renovación de las estructuras del Seminario para que el candidato crezca en su entusiasmo y entrega por seguir a Jesucristo en el ministerio sacerdotal.

(Equipo de formadores)

18. El obispo es el primer responsable de la formación de su presbiterio, por lo tanto su presencia en la vida del Seminario es importante, tanto para los seminaristas como para el equipo formador.
19. Constituir equipos de formadores estables, integrados y heterogéneos. Han de realizar una verdadera experiencia de unidad y fraternidad sacerdotal que sea signo y testimonio para los seminaristas y el presbiterio diocesano. Se les debe facilitar la realización de sus propios ejercicios espirituales y experiencias de “aggiornamento”.
20. El Equipo formador ha de ser escuchado y atendido en sus demandas, apoyado y animado en sus decisiones, por el obispo y todas las instancias diocesanas.

21. El equipo formador ha de tener su espacio para la oración, la recreación y la formación permanente, de modo que quienes lo conforman puedan crecer y madurar en la vivencia de su ministerio sacerdotal al servicio de la formación.
22. Diferenciar las tareas de formador y profesor sin olvidar que ambos inciden en la formación del pastor. Los profesores han de buscar enlaces y aterrizajes de sus respectivas materias a la pastoral ya sea como aplicaciones prácticas o como principios rectores de la acción pastoral.
23. Que el criterio para constituir un equipo de formadores esté prioritariamente en función de la formación. Al elegirlos se debe contar con su disponibilidad, consultar con el Rector y demás formadores.
24. Liberar al formador de cargos pastorales fuera del seminario.
25. Que el formador cuente con una remuneración suficiente.
26. Que los nombramientos de los formadores sean para un período determinado. Que se garantice continuidad, aún cambiando el Equipo

(Infraestructura del seminario)

27. Que la estructura organizativa del seminario responda a un criterio formativo.
28. Que sea respetada la legítima autonomía del Seminario en bienes económicos, que cuente con recursos suficientes para asegurar la formación integral del seminarista y formadores. Que el funcionamiento del seminario esté garantizado por un presupuesto real.

(Pedagogía y proyecto educativo)

29. El seminario debe ser una comunidad evangelizada y evangelizadora.



30. Hacer un proyecto educativo global, de acuerdo a la Ratio Nationalis, con una metodología participativa donde se especifique la misión institucional del Seminario, las líneas estratégicas para las dimensiones, y se concrete en proyectos específicos. Un Proyecto encarnado en la realidad histórico-sociocultural del país, que respete la gradualidad, que conste de objetivos, contenidos y criterios específicos para cada etapa de formación y que todos los agentes (formadores, seminaristas, etc) estén en sintonía con el mismo y se involucren en él. Un Proyecto que logre sensibilizar a los agentes de pastoral de tal manera que sea asumido en corresponsabilidad por toda la Iglesia particular.
31. Que la comunidad educativa sea coherente, viva la experiencia de comunión, solidaridad, etc., es decir los valores del Evangelio.
32. Todos sabemos qué comunicar o transmitir en la tarea formativa, pero nos falta saber cómo; es decir contar con una mediación pedagógica adecuada y acorde con la realidad social y personal de los candidatos. El Concilio nos da los elementos de una antropología conforme al evangelio y una eclesiología adecuada al proyecto de Jesucristo y de la primera Iglesia. Debemos saber cómo implementarlo.
33. Tener en cuenta en la formación los medios técnicos (computación, Internet) la cuestión del lenguaje, los símbolos y las imágenes propios de los jóvenes. No cerrarse a las nuevas herramientas de crecimiento humano.
34. Un reto permanente será, cómo hacer de la pedagogía de Jesús (pobre, servidor, solidario con su gente) un proyecto educativo que forme a un pastor que sirva en el mundo y en la Iglesia. Cómo formar personas y sacerdotes consistentes en medio de la inseguridad y el relativismo que nos rodea.
35. Cómo ir eliminando el clericalismo que impide la corresponsabilidad de toda la comunidad en la evangelización. Los laicos muchas veces están muy preparados y el joven sacerdote no sabe trabajar con ellos.



36. Ante la pobreza que aumenta, ayudar a los jóvenes a no caer en el aburguesamiento ni en el radicalismo ideológico que los puede llevar a ser más promotores sociales que pastores, sin embargo habrá que formarlos para que sean promotores de un proyecto de sociedad más justo, fraterno y solidario. El desafío es para toda la comunidad educativa del seminario, comenzando por los formadores.
37. Lograr involucrar a la persona, a los laicos, a la mujer en el proyecto educativo.
38. Favorecer la integración equilibrada entre las dimensiones de la formación, capaz de asimilar una visión integral de la persona en el crecimiento de su vocación.
39. Propiciar un ambiente de autoformación en el que el seminarista, protagonista de su formación, vaya creciendo en libertad y responsabilidad.
40. Una formación que tenga presente los carismas personales para asegurar en el candidato un eficaz crecimiento.
41. Lograr formar desde las entrañas, esto es favorecer que se asuman las cosas desde dentro.
42. Una evaluación continua del proceso formativo.
43. Tener en cuenta el valor de la familia en el proceso formativo. Una relación cercana y serena entre el seminario y la familia del seminarista es muy valioso. Es importante que los formadores visiten las familias de los formandos para integrarlos en el proceso educativo porque la familia es agente de formación.

c) *Desafíos sobre la dimensión humana en particular*

44. Ayudar a que cada seminarista logre un auténtico conocimiento y aceptación de su realidad personal como parte de su proceso formativo.



45. Formar hombres integralmente: con capacidad de vivir y de trabajar en común, con capacidad de diálogo, virtudes humanas básicas, conscientes de su dignidad humana, que conozcan y valoren su cultura.
46. Educar en la asimilación e interiorización de la dimensión humana, ayudando a formar personas veraces, sinceras y honestas.
47. Ponderar el criterio de la austeridad de vida formando en la capacidad de usar responsablemente los bienes.
48. Para el crecimiento humano afectivo, apoyar la maduración de la vida en castidad para asumir el carisma del celibato en el marco del proyecto de vida sacerdotal.
49. Educar virilmente a los jóvenes evitando los amaneramientos.
50. Incorporar a la mujer en el proceso de formación sacerdotal, dándole su importancia en la maduración afectiva y educar a los seminaristas en el trato normal y prudente con ellas.
51. Educar en la libertad y para la libertad desde la responsabilidad y de acuerdo a los valores evangélicos.
52. Cuidar la salud física, la higiene y la alimentación.
53. Saber valorar, usar y cuidar el entorno ecológico.
54. Desarrollar suficientemente el sentido de la urbanidad y la educación cívica, así como también la capacidad de autocrítica y la práctica de la corrección fraterna.
55. Ante la problemática familiar de muchos seminaristas, la formación debe propiciar la sanación de traumas y favorecer un ejercicio sano de la autoridad frente al pueblo y en relación con el obispo.
56. Asumir la situación familiar, su origen y su condición social sin desarraigarse de su núcleo familiar ni de su cultura.



57. Ofrecer un acompañamiento personalizado, brindando tiempos de encuentro personal.

d) *Desafíos sobre la dimensión espiritual en particular.*

58. Frente al acento eclesiológico de la Iglesia-misterio, que hace del sacerdote vértice del diálogo entre el mundo y el misterio, es indispensable que el sacerdote sea el primero en tener la experiencia profunda de ese misterio.
59. Hacer que el seminario sea un centro evangelizador donde el formando vaya hundiéndose en su ser y su hacer en Cristo.
60. El seminarista ha de madurar en la conciencia que su vocación también es misionera y debe vivirla desde el seminario con creatividad, disponibilidad y generosidad, para ser enviado donde la misión de la Iglesia lo necesite.
61. Generar procesos para que el candidato al presbiterado madure en una espiritualidad trinitaria en relación con el Padre amoroso, a través del seguimiento radical de Jesucristo, abierto a las mociones del Espíritu; eclesial, arraigada en la Tradición y en la vida de la Iglesia local; encarnada, facilitando la lectura y el discernimiento de los signos de los tiempos en la cultura de hoy.
62. Iniciar a los seminaristas en un contacto personal con el Señor en el silencio interior y exterior.
63. Favorecer desde el inicio del proceso formativo un crecimiento en la soledad apacible que le permita al seminarista ser hombre de silencio creativo y de oración personal.
64. Es necesario que la formación espiritual tenga en cuenta la formación integral, la dimensión específicamente espiritual y el plan de vida personal que el muchacho debe confrontar constantemente con sus formadores.
65. Se debe insistir en la espiritualidad diocesana. Llegar a vivirla con entusiasmo.



66. Generar un proceso pedagógico para ayudar al seminarista a crecer y madurar en la vida teológica, para que el sentido de fe vaya estructurando su vida y su persona.
67. Los seminaristas ingresan con entusiasmo y generosidad, pero a medida que avanzan en el seminario se van quedando enredados en pequñeces. Se nos plantea el desafío de hacer que sigan aspirando siempre a una vida verdaderamente evangélica.
68. Crear en el Seminario ambientes y estructuras que posibiliten el encuentro personal con Cristo que convierte y hace vivir en comunión y solidaridad.
69. La vida litúrgica del seminario ha de ser más dinámica, creativa, encarnada y festiva, en sintonía con la vida de la Iglesia y la realidad de los pueblos.
70. Una espiritualidad que haga presentes la mística y la ascesis: gustar el encuentro con Dios y asumir las exigencias del ministerio.
71. Tener en cuenta que los partícipes en la formación son todos los miembros de la Iglesia, no sólo los formadores del seminario.
72. Un desafío: vivir la mística en comunidad, una espiritualidad comunitaria. Vivir la espiritualidad en presbiterio, en profunda comunión con la Iglesia particular.
73. Hacer gran hincapié, ya desde el seminario, en el sentido del presbiterio. Que la formación prepare para vivir en presbiterio como una dimensión constitutiva de su espiritualidad.
74. Ayudar a crecer en un amor apasionado por el mundo, a semejanza del amor del Padre, que tanto amó al mundo que entregó a su propio Hijo.
75. Una espiritualidad sólida que permita vivir el amor célibe en la caridad pastoral movido por los valores del Reino





e) *Desafíos sobre la dimensión intelectual en particular*

Se debe trabajar para que en el seminario se:

76. Cultive el verdadero interés e inquietud intelectual, sabiendo que nuestros jóvenes, y en general nuestra gente, no sigue largos discursos o lenguaje incomprensible para nuestra cultura. Por ello debemos evitar el academicismo.
77. Provea la estructura de pensamiento a través de algún método (cf. Método de D. Feurestain u otro). Y así ofrecer remedios a las diversas deficiencias académicas o intelectuales de los seminaristas.
78. Cree conciencia de que la pastoral requiere una reflexión seria y profunda.
79. Haga conscientes a los formadores y profesores que deben tener una adecuada formación pedagógica, psicológica, etc., pues no basta conocer sus responsabilidades o su materia de especialización.
80. Los formadores, no sólo los seminaristas, conozcan y sepan usar los medios modernos de comunicación, para educar en su uso adecuado.
81. Fomente la honestidad intelectual de los estudiantes, para que su trabajo sea serio y auténtico.
82. Cuide la relación entre los institutos y los seminarios allí donde los centros de estudio son independientes de los seminarios, para no descuidar la síntesis y relación que debe haber entre lo intelectual lo pastoral y demás dimensiones de la formación.
83. Tenga claro qué se quiere formar, si pastores que saben hacer teología o teólogos que hacen pastoral.
84. Para lo anterior ya en el seminario se debería ir distinguiendo las capacidades de cada uno y ver quien sirve para qué ministerio, incluso el de formador, profesor, etc.





85. Reevalúe el *pensum* para ver si es necesario introducir otras ciencias, también humanas, que hoy vemos más necesarias, así como valorar la recta relación entre filosofía y teología, para propiciar el diálogo con la cultura. Que los mismos profesores sean conscientes de esa relación y necesidad.
86. Promueva una educación personalizada y para ello revalorizar la figura y función del director de estudios, no como algo meramente administrativo, sino como una especie de director espiritual en lo académico.
87. Reconozcan los valores educativos de otros elementos que no son precisamente los académicos (por ej. la familia, la convivencia fraterna, etc.).
88. Busquen los medios para atender adecuadamente las crisis producidas por algún motivo intelectual.
89. Desarrollen las pautas para discernir y enfrentar las vocaciones adultas de quienes vienen incluso con sus estudios filosófico-teológicos ya hechos.

f) Desafíos sobre la dimensión pastoral en particular

90. Recomendar y promover candidatos a estudio de especialización (licenciatura-doctorado). Un clero formado tendrá más apertura al diálogo Iglesia Mundo.
91. Propiciar en el proceso formativo del seminario, particularmente en los últimos años, una adecuada transición al presbiterio y a la vida diocesana.
92. Hacer que la experiencia pastoral dinamice las otras áreas de formación.
93. Acompañar personalmente la acción pastoral del seminarista para que aprenda a mirar, leer e interpretar la realidad “con ojos y corazón de pastor”, adquiera sensibilidad pastoral y apertura frente a la realidad.



94. Procurar que los seminaristas, en el transcurso de su formación, hagan experiencia de los diversos servicios que existen en la pastoral.
95. Ayudar a crecer en sensibilidad, poniendo en contacto con las pastorales especiales.
96. Formar en apertura, en actitudes frente a lo nuevo, ya que en y desde el seminario no todo se puede aprender ni prever.
97. Contacto fluido con la pastoral de su diócesis.
98. Incidencia gradual del nuevo presbítero en la pastoral diocesana.
99. Conocimiento permanente de la realidad nacional y mundial.
100. Que sin diluir lo específico de cada área, la “formación del pastor” sea el núcleo unificador del proyecto formativo, y que las estructuras, el estilo y las metodologías del seminario respondan con claridad a estos objetivos.
101. Diseñar un itinerario de formación pastoral integral y progresiva, que enfatice el ser del pastor por encima del quehacer.

Segunda parte: El ser y quehacer del seminario de mañana y los temas pendientes de la formación de los pastores

a) *La identidad (estilo y características) del Seminario para la nueva evangelización.*

102. Queremos un Seminario que se construya a partir de aquella identidad que brota del saberse “la familia de Jesús”, en cuanto lugar de escucha del Maestro, vivencia de la palabra y cumplimiento de la voluntad de Dios (Cfr. Mc. 3, 31-35).
103. Queremos un Seminario que busque reproducir el estilo de “la casa de Nazaret”, marcado por un verdadero clima de silencio, de sencillez evangélica, de vida en familia y de espíritu de trabajo (Cfr. Lc. 1, 39 ss).



104. Queremos un Seminario que se inspire y estructure desde el programa de las Bienaventuranzas, el cual ha de ser asumido como criterio fundante y marco referencial de los procesos formativos (Mt. 5, 1-12).
105. Queremos un Seminario que asuma “la experiencia de Cenáculo” en cuanto abierto a la vida y acción del Espíritu, que es el verdadero protagonista de la formación presbiteral (Cfr. Hch, 2, 1ss).
106. Queremos un Seminario que viva la experiencia de las primeras comunidades cristianas, haciendo posible la comunión, la fraternidad y la solidaridad (Cfr. Hch. 4, 32).
107. Queremos un Seminario capaz de promover la experiencia de encuentro con el Dios de Nuestro Señor Jesucristo en la escucha atenta de la Palabra, en la vivencia plena de la Eucaristía y en la realidad de la Comunidad.
108. Queremos un Seminario que sea escuela viva de Evangelio, a partir de una comunidad formativa que, evangelizándose permanentemente a sí misma, prepare a los pastores para la Nueva Evangelización.
109. Queremos un Seminario que favorezca la experiencia de una Iglesia que se define a sí misma como misterio, comunión y misión.
110. Queremos un Seminario abierto a la Iglesia y al mundo, capaz de asumir, defender y promover la causa del Reino de Dios, del pueblo en sus aspiraciones más auténticas y del hombre en su dignidad más plena.
111. Queremos un Seminario que ayude a adquirir un lúcido discernimiento crítico de la realidad a partir del evangelio.
112. Queremos un Seminario que sea comunidad de fe, en escucha y diálogo con las sugerencias del Espíritu Santo y con los desafíos que la sociedad y las nuevas realidades culturales plantean.



113. Queremos un Seminario que sea “comunidad educativa en camino” que se construye alrededor del Evangelio, en la implementación de procesos personales y personalizantes y en un clima de fraternidad y comunión.
114. Queremos un Seminario que, mediante el respeto y la confianza, posibilite la transparencia y la disponibilidad al discernimiento.
115. Queremos un Seminario capaz de favorecer “la internalización” de los valores esenciales de la llamada del Señor.
116. Queremos un Seminario abierto y alegre, solidario y comprometido con la misión evangelizadora de la Iglesia en el mundo contemporáneo.
117. Queremos un Seminario que asuma con responsabilidad su papel de ser un centro dinamizador de estudios, de investigación y de orientación socio pastoral, de análisis de la realidad, de profundización del dato teológico, para lograr maduración en la fe e iniciación en una verdadera sabiduría evangélica.
118. Queremos un Seminario capaz de ofrecer una formación personal que lleve a asumir a la Iglesia como “Madre y Maestra” y a saber incidir en la transformación del mundo.
119. Queremos un Seminario que ayude a vivir la pobreza evangélica y a crecer en el amor preferencial por los pobres.
120. Queremos un Seminario que enseñe a convivir con lo diverso, en el diálogo y en el respeto.
121. Queremos un Seminario capaz de educar en la sensibilidad del pastor, en la misericordia, en la compasión, en la búsqueda del alejado.
122. Queremos un Seminario capaz de conducir a los candidatos al sacerdocio a una verdadera síntesis vital.



b) *La misión del Seminario para la nueva evangelización*

123. Teniendo en cuenta la indicación de Pastores Dabo Vobis, acompañar vocacionalmente a los futuros pastores para discernir su vocación, corresponder a ella y prepararse para recibir el sacramento del orden (PDV 60-61).
124. Entendemos que la misión de formar *pastores* para la nueva evangelización se especifica en:

(Sobre el seminario en general)

125. Formar integralmente la persona del seminarista, acompañando todo el proceso vocacional del candidato.
126. Asumir el seminario como espacio en el que la Iglesia local realiza una de sus más importantes acciones de pastoral.
127. Acompañamiento personalizado de todo el proceso formativo promoviendo una inserción concreta en sus grupos de referencia.
128. Estructurar el seminario como comunidad ministerial responsable, diferenciando pedagógicamente las responsabilidades de la vida del mismo.

(Equipo de formadores)

129. Equipos, estables, integrados (empatía), de diversas edades con formación adecuada y continua, sin cargos pastorales fuera del seminario y con adecuada remuneración.
130. Procurar espacios de encuentro del equipo de formadores para crecer como tal: oración, retiros, recreación.

(Pedagogía y proyecto educativo)

131. El proyecto formativo del seminario tiene que responder a la imagen del pastor para la nueva evangelización, teniendo en cuenta el aspecto sociocultural del país.



132. Este proyecto tiene que respetar la gradualidad y diferenciar las distintas etapas formativas, involucrando a formadores, formandos, la familia y los laicos.
133. Tener presente la conveniencia de la utilización de los medios técnicos adecuados para promover una mejor formación (computación, medios audiovisuales).

(Infraestructura del Seminario)

134. Que la estructura edilicia del seminario responda a un proyecto de formación, evitando estructuras que fomenten el anonimato o aislamiento.
135. Que se asegure económicamente el funcionamiento del seminario de modo que se puedan cubrir las necesidades de todas las áreas.

c) *Los problemas apremiantes del Seminario para la nueva evangelización y propuestas de solución*

Problemas apremiantes:

136. El problema eclesiológico que está en la base de todo proceso formativo; las diferentes concepciones eclesiológicas y sus implementaciones prácticas en las diferentes iglesias particulares. Este problema supera el ámbito exclusivo del Seminario, ya que abarca a toda la Iglesia. Pero el Seminario es como la caja de resonancia de la propia Iglesia.
137. Lo mismo vale para la concepción antropológica. No siempre es claro el concepto de hombre al que servimos, el que hemos de formar, etc.
138. Identificar y hasta confundir profesor con formador. No todo buen profesor es necesariamente un buen formador.
139. Necesidad de una dedicación a tiempo completo con presencia efectiva del equipo de formadores en la vida cotidiana del Seminario.



140. La constitución del equipo no siempre se da teniendo en cuenta las condiciones del sacerdote para este ministerio y su capacidad de integración al mismo.
141. La presencia y crecimiento de Seminarios supuestamente diocesanos pero que responden a movimientos eclesiales no siempre en búsqueda de una comunión eclesial, sino con una fuerte impronta elitista o separatista.
142. La cuestión económica, ya que al no contar con los recursos básicos necesarios, crea mucha zozobra e inseguridad en quienes deben llevar adelante la tarea formativa.
143. Las repercusiones de la realidad socioeconómica y política, pero sobre todo cultural, en la formación.
144. Necesidad de elaborar un itinerario espiritual progresivo que vaya comprometiendo al joven en su identificación radical con Jesucristo Buen Pastor.
145. La transición entre la vida del Seminario y la inserción en el presbiterio con el comienzo de su actividad ministerial.
146. La maduración de la afectividad y la capacidad de una vida célibe en un ministerio fecundo y realizante.
147. Formar para asumir un estilo de vida en consonancia con la pobreza evangélica.
148. Ampliar el horizonte de la evangelización, más allá de la parroquia, a todos los areópagos del mundo de hoy.
149. Una pastoral vocacional integral, que supere lo meramente funcional y ayude a descubrir las diferentes llamadas del Señor y comprometer toda la vida en la respuesta.

106

Propuestas de solución:

150. Asumir decididamente la Eclesiología y la Antropología del Vaticano II y del magisterio latinoamericano y nacional en forma integral y no parcializada. Esto como un proceso que involucra





a toda la Iglesia particular y no solamente al Seminario, aunque el Seminario ha de ser como una avanzada en este sentido.

151. Durante el período de formación inicial, detectar y motivar posibles carismas para la formación en los seminaristas avanzados; seleccionar los miembros del equipo teniendo en cuenta el carisma de la persona, con el acuerdo del propio equipo de formadores; presentar el servicio de la formación como un verdadero servicio pastoral eclesial, y por lo tanto dar dedicación total a este ministerio.
152. Que la Iglesia diocesana provea por las necesidades materiales del Seminario y la suficiente remuneración de los formadores, para que los mayores esfuerzos se concentren en animar el proceso formativo y no en la búsqueda de recursos económicos. Animar y concientizar a la comunidad cristiana sobre su responsabilidad en este ámbito. Impulsar la cooperación entre nuestras Iglesias en este sentido.
153. Realizar un estudio acerca de los Seminarios de movimientos, sus relaciones con la Iglesia diocesana y sus proyectos pastorales, su relación con los seminarios diocesanos, y ver posibles caminos de acción.
154. Frente a la inconsistencia y globalización de la cultura actual, formar en un sano y profundo sentido crítico, en una sólida base humana y espiritual, dando el tiempo necesario al proceso personal de cada joven.
155. Que cada seminario elabore su itinerario espiritual progresivo e integral. Contar con formadores capacitados para llevar adelante esta dimensión.
156. En la formación para el celibato ministerial basarse en una visión teológica clara sobre el tema, con una espiritualidad sólida y con el auxilio de las ciencias humanas, en una sana relación con todo tipo de personas en libertad y responsabilidad.
157. Para el comienzo de la vida en el presbiterio, favorecer un tiempo de inserción antes de la ordenación, y acompañar efectivamente a cada uno en sus primeros años de ministerio.



Es esencial un plan diocesano, una mística de la vida presbiteral y asumir decididamente la formación permanente.

d) *Las transformaciones necesarias para el Seminario de la nueva evangelización*

158. En los seminarios con gran número de seminaristas promover y cuidar la formación personalizada y comunitaria, sea continuando las experiencias de las pequeñas comunidades en el mismo recinto o de otra manera, sin comprometer la unidad de régimen.
159. Hacer del seminario una institución más cercana a la vida de la gente, o que se cree conciencia de esta realidad.
160. Que el seminario se abra a las aportaciones que otros agentes eclesiales y sociales le puedan dar (por ej. planes de pastoral diocesanos, familias, etc.); permaneciendo el seminario como agente coordinador de todas estas mediaciones y evitando todo aislamiento.
161. Recalcar que el seminarista es protagonista, autorresponsable de su formación.
162. Revalorar el seminario no como mera institución educativa, sino experiencia familiar, para no uniformar a todos, sino respetar y valorar las capacidades y diferencias de cada uno y a partir de esto integrar toda la formación.
163. Formar y cultivar en los formadores su identidad (no son directores de una pensión).
164. Conectar el Seminario, de alguna manera, a la formación permanente del presbiterio.
165. Preparar al seminarista para enfrentar la realidad de nuestro mundo y sociedad, con todo lo que ello exige. Más aún, prepararlos para tomar la iniciativa e ir al mundo a evangelizar, no que esperen que los demás vengan a ellos.



166. Interiorizar las actitudes del buen pastor en los seminaristas, yendo más allá del activismo.
167. Estos ideales deben verse realistamente, sabiendo que no todo se puede alcanzar fácilmente y por ello no se debe caer en frustración o desánimo.

e) *Los temas pendientes para la formación de los pastores de la nueva evangelización en América Latina*

168. La dimensión misionera de la Iglesia debe permear todo el proceso formativo y toda la vida del seminario, para contar con presbíteros conscientes de que son ordenados para servir a la iglesia universal.
169. Qué sacerdotes, para qué Iglesia y qué sacerdotes para qué pastoral: La formación y su relación con la Iglesia local.
170. Que la integración de los laicos en el proceso formativo sea más permanente y efectiva.
171. Asimilar una Eclesiología de iglesia servidora y pobre, que genere pastores capaces de escuchar.
172. Formar un pastor que responda a la diversidad creciente en la sociedad, capacitado para dialogar con el mundo moderno y pueda ser así agente de unidad.
173. Reformular el humanismo que capacite para el diálogo con el mundo moderno.
174. Revisión permanente de los mapas curriculares, de manera que vayan respondiendo a los retos que continuamente surgen en la sociedad.
175. La formación hoy y su relación con los Mass Media: conocimiento, uso correcto, relación equilibrada con ellos.
176. Formar en la humildad para que el seminarista sepa que no conoce todos los temas y no tiene todas las soluciones a los



□

 problemas; que sepa ayudarse de los demás en temas y problemas que le rebasan.

177. Necesidad de estar al tanto, de conocer y fomentar, los carismas que van saliendo entre los muchachos y de buscar un equilibrio entre los carismas personales y una visión de conjunto de la formación, aún cuando no vayan en la línea de los carismas y gustos personales.
178. Relación del Seminario con los nuevos movimientos e incidencia de los seminaristas que provienen de estos movimientos en el seminario. Diálogo con esas realidades eclesiales insoslayables.
179. Necesidad de asumir las normas establecidas en cuanto a los seminaristas provenientes de otros seminarios.
180. Inserción del nuevo presbítero en la diócesis y en el presbiterio; relación del seminario con la formación permanente.
181. Cómo lograr que durante el seminario, lo que va recibiendo, se vaya interiorizando.
182. Integración de la familia del propio seminarista en el proceso formativo.
183. Cómo sanar las carencias e inconsistencias familiares, afectivas, personales, etc., con la ayuda de las ciencias humanas como la psicología y otras. Ayudarlos a afrontarlas y constatar su proceso de crecimiento.
184. La participación de la figura de la mujer en el proceso formativo.